



Es imposible escribir evadiendo la realidad venezolana. En la mente y en el corazón están presente tantas penurias e injusticias que se viven a diario.

La calidad de vida en Venezuela es cada vez peor, desde no poder cubrir las necesidades básicas y la carencia de los servicios públicos más elementales como agua y luz, hasta la terrible inseguridad y la violación permanente de los derechos humanos.

En el ranking de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE) en la cual participan casi todos los países desarrollados y la mayoría de los países de Latinoamérica, con muy pocas excepciones. Venezuela es una de esas excepciones.

Esta organización investiga y genera mediciones en torno a once variables que tienen que ver con la calidad de vida de los habitantes de un país: vivienda, empleo, ingresos familiares, seguridad, educación, compromiso cívico, medio ambiente, relaciones personales, conciliación entre la vida familiar y la laboral, servicios sanitarios y satisfacción personal.

Evidentemente que si participáramos como país en ese ranking, podríamos tener una valoración cuantitativa de la pésima forma en que se vive actualmente en un país petrolero que ha percibido cuantiosísimos recursos económicos por ese rubro.

Y la pregunta obligada es ¿por qué pasa todo eso?

La respuesta es una sola: no hay países desarrollados con calidad de vida sin ciudadanos y no hay ciudadanos sin educación.

La ciudadanía es esa condición especial que posee cada persona vinculada directamente a su nacionalidad, que le otorga una serie de deberes y derechos, recogidos en una constitución, normativa que regula las relaciones con la sociedad en que vive y con el Estado del cual es miembro, es decir, ciudadano. Desde el primer deber que es cumplir la ley hasta poder participar en las decisiones que afectan a todos.

¿Cómo se ejerce la ciudadanía o mejor dicho cómo se es ciudadano? No se puede dar lo que no se tiene, ni se puede enseñar lo que no se sabe. No se puede ser ciudadano sin tener una conciencia clara de su significado. Conciencia que no se adquiere en un curso teórico, sino que va modelando el alma, la mente y la conducta de cada ser humano desde la infancia. Tanto en el hogar como en la escuela se internalizan y viven los deberes y derechos, desde los más elementales como recoger los juguetes (deber inherente al orden) hasta la expresión libre y respetuosa de sentimientos y preferencias. Estamos adentrándonos en el ámbito educativo.

Sí, porque es justo la educación la que “construye” ciudadanos. Ese sentimiento de patria amada, de sentir el orgullo del gentilicio donde se nace, de compararse con otros países y sentir que podemos entablar relaciones de igual a igual; se va esculpiendo en cada persona en la medida de que es consciente de sus deberes y derechos, cumple los primeros y disfruta los segundos. ¿Y cómo obtener esos resultados? Desde el vientre, porque si sus padres son

ciudadanos, van transmitiendo los valores y principios elementales de vida y convivencia. Luego la escuela complementa y allí se desarrolla el proceso de socialización en el que se comparten y experimentan los valores que nos identifican como persona y como nación. Un niño empieza a admirar a sus héroes, no de la televisión, sino de su patria. A conocer su historia y geografía, sus obras, todo lo que tiene que ver, según su edad, con ese país donde nació, donde crece y donde se convertirá en una persona de bien, porque además va internalizando cómo ser exitoso mediante el esfuerzo y el trabajo... ¡Educación y más educación!

Entonces la persona es ordenada en su casa, en su escuela y en cualquier ámbito de su vida social; es responsable de lo que dice y hace; es honesta y respetuosa con los demás y con los recursos a su alcance; es justa en sus decisiones; sabe diferenciar entre la verdad y el engaño, se hace consciente de lo bueno y lo malo, de lo conveniente y lo peligroso, hasta llegar a tener consciencia rectamente formada y SER

capaz de participar en la construcción de esa patria y de todo lo que tiene que ver con el ejercicio de la ciudadanía, desde saber elegir hasta poder ser líder de procesos de cambio.

Si el proceso educativo no se da en esas condiciones, en vez de desarrollo de virtudes, se adquieren los vicios que nos están llevando a la destrucción. Desde la violación permanente de deberes y derechos, hasta la apropiación indebida de cargos y recursos públicos, que hundan al país en la miseria espiritual y material más degradante, casi inimaginable.

Nuestro gran héroe, el Libertador Simón Bolívar, con la inmensa claridad e inteligencia que le caracterizaban, ya lo había afirmado: “Un pueblo ignorante, es instrumento ciego de su propia destrucción”.

Prof. Ramona de Febres
Directora - Editora

